

PRECIO EN MADRID

(Lo mismo en la Administracion que en as librerías.)

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 14 »
Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LOUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias cuyo abono venza en fin de Agosto y deseen continuar suscritos, se servirán renovar hasta el 31, si no quieren experimentar retraso.

El medio más fácil es por letra, giro mútuo ó sellos de franqueo.

Los vendedores que pagan á fin de mes liquidarán hasta el 31.

Crónica.

Yo lo sospechaba, no hacia más que sospecharlo; y ya aventuré sobre el asunto algunas indicaciones, con la timidez propia del que por terreno desconocido camina: los no interrumpidos reveses del ejército francés habian llamado poderosamente mi atencion, y como no soy hombre á quien las explicaciones vulgares satisfagan, está claro que no admitia, ni admito, que los conocimientos estratégicos de un general, ó su ingenio para concebir planes y su habilidad para realizarlos, ó su inventiva rápida para disponer inesperadas empresas y su instruccion vasta para darlas cima, ó estas y otras pequeneces por el mismo estilo, como la superioridad numérica, la más ordenada disciplina, la mayor ilustracion de las masas armadas, puedan influir en el éxito de una campaña.

Bueno es todo eso para satisfacer á los espíritus poco elevados, y que no llevan sus investigaciones más allá del mundo que les rodea; pero los que hemos menester hallar en todo ese quid divinum, ese algo sobrenatural que, así regula los movimientos de los astros que giran en el espacio infinito, como dirige el desarrollo de las florecillas del campo, encontramos tales causas pobres y baladíes; y, provistos de nuestra correspondiente fé, virtud indispensable para esta clase de viajes, salimos por ahí á caza de motivos providenciales, dejando á un lado, como es natural y propio, nuestra flaca razon, que para maldita la cosa habia de servirnos.

Engolfado yo en estas exploraciones metafísicas, llegué á presentir una relacion íntima entre las derrotas del ejército francés y el abandono de Roma; supuse la existencia de una excomunion mayor contra el desdichado Bonaparte, y esto fué para mí un rayo de luz; bien es verdad que, poco ducho todavía en estos negocios semi-celestiales, desconfiaba de mí mismo, cuando cata que un diario muy religioso, muy católico, enterado, por ende, mejor que otro cualquiera de cuanto al cielo y á sus moradores atañe, viene en mi apoyo, y dice que la evacuacion de Roma es el origen único y la sola causa verdadera de las tribulaciones de Francia.

Y vaya si tiene razon: pues ¿á quién puede ocultar se eso?

¡Qué gran cosa es la fé! Las dudas abrumaban nuestro ánimo; acomete la indecision nuestro libre albedrío, todo es para la inteligencia confusiones é incertidumbres; habla la fé, y se ve todo tan claro y tan sencillo que da gusto.

Tal vez á estas horas muchos pretendidos sábios están estudiando en Europa los sucesos de la guerra, consultarán mil libros, examinarán mapas y planos, y allegarán por todos los medios posibles los pormenores más minuciosos; y todo ¿para qué? Para salir mañana con un libraje de mala muerte explicando de un modo nada claro, y cometiendo mil errores, el origen, desenvolvimiento y término del sangriento drama que, iniciado en Wissemburgo, lleva trazas de terminar en Paris; pues bien:—¡oh grandeza de la fé católica!—lo que un filósofo aleman explica de mala manera con toda su filosofia y despues de mil vigilias, lo pone claro como la luz en un periquete cualquier motilon acudiendo á los anatemas papales.

Pero el diario católico á que aludo no podia limitarse á decir lo que yo, pobre aprendiz de ese lucrativo oficio, habia dicho antes; el periódico religioso explica la causa del mal, y propone además remedio á la dolencia.

Ya cesaron las correrías admirables de los hulanos; ya dieron punto los sitios y los bombardeos; todo ha concluido ya; y si el rey Guillermo no se apresura á ganar la orilla del Rhin, en grande riesgo se halla su existencia y graves peligros pueden amenazar á sus soldados.

Nada de cañones Krupp, bagatelas mundanas que ningun poder tienen contra un exorcismo; nada de ametralladoras, cuya fuerza cede ante la reliquia más insignificante; nada de fusiles revólvers, cuyos efectos se anulan delante de la tibia del santo menos caracterizado; un par de libras de cera, y todo ha concluido.

No, y eso se comprende; porque mire Vd., en el cielo no es oro todo lo que reluce: hay allí tambien, y está cualquiera clérigo lo explica, rivalidades entre santos y santos, celos entre vírgenes y vírgenes, y no escasean las envidias y las murmuraciones: que en algo han de pasar el rato aquellas almas puras cuando no se ocupen en cantar el santo, santo, santo, que, segun dicen, es su única distraccion.

La Virgen del Cármen, pongo por caso, no puede mirar con buenos ojos que á la Virgen de la Soledad se la tributen más homenajes que á ella misma, siendo así que una y otra son de la misma categoría, y aun si Vds. me apuran, puede que la del Cármen tenga más acreditado abolengo: yo sé de buena tinta que la Virgen del Pilar y la de la Paloma no andan del todo bien en sus relaciones amistosas; de suerte que, para no excitar el enojo de nuestros numerosos patronos y patronas, es indispensable andar con piés de plomo.

Hago yo, verbi gratia, una piadosa novena á Santa Bárbara, patrona de las tormentas, y por esa parte estoy asegurado, es verdad; pero viene San Roque, abogado de la peste, y me suelta un cólera mucho

peor que cien tormentas reunidas; doy gusto á San Roque, y el bendito San Ramon amenaza á mi esposa con un mal parto, y así, unos en pos de otros, esa innumerable série de santos y santas me tienen siempre con el alma en un hilo, que no hay más que pedir.

La vela que se consume ante la Virgen de las Victorias ha causado celos á la Virgen de las Misericordias; es probable que una y otra doncella se hayan dicho algunas cosas desagradables, y despues la Virgen de las Misericordias ha cogido y se ha puesto en contra del ejército francés; pues el modo de desenfadarla es sencillísimo: ponerle otra vela del mismo calibre.

Adviértase que esta sencillez en nada disminuye la grandeza del descubrimiento; con las invenciones más sublimes sucede lo mismo: la verdad, una vez descubierta, preséntase á nuestros ojos clara, sencilla, fácil de comprender; y, sin embargo, á ninguno de nosotros se habia ocurrido antes.

Conste, pues, y conste para gloria del catolicismo en general, y del diario religioso en particular, que á él, y solo á él, se debe la rápida terminacion de la desastrosa guerra que ya—en el expediente de la vela—podemos dar por terminada, gracias sean dadas á Dios y al caritativo periódico.

Digo, porque presumo yo que los franceses no desdenarán el aviso: bien que todo puede esperarse de esas almas empedernidas. ¡Ay! Temiendo estoy que sean capaces de continuar con sus alistamientos voluntarios, y su concentracion de ejércitos, y sus fortificaciones, y... cuando todo podria arreglarse con dos libras de cera; ¡qué estólido y qué torpe es el género humano!

A. Sanchez Perez.

MIS ALEGRÍAS.

No es necesario ser potentado ni prima donna para tener momentos de júbilo: no señor, y la prueba está en que yo tambien tengo mis alegrías.

Y cuenta que soy uno de los innumerables individuos que dia y noche están esperando la hora de la redencion social; que para pagar mi escote en el festin de la existencia, no cuento con caudal alguno, ni siquiera puedo lucrarme de parte de lo que produce el trabajo de mis dependientes, por la sencilla razon de que no tengo dependientes.

Pero, aun dentro de la precaria situacion en que vivo, explotado y sin explotar; chasqueado en mis esperanzas de ver á España huir de la prostitucion monárquica y buscar su regeneracion en la república; huir de la centralizacion para ver federarse á todas sus provincias; aun así, digo, suelo tener mis ratos de verdadero solaz y mis expansiones de alegría, tan chillona y picotera algunas veces, que cualquiera al oirme podria tomarme por un pájaro, cuando la verdad es que, como tengo dicho, no soy más que un proletario español engañado y aun no desengañado.

Pero hay cosas... ¿quién lo duda? Hay cosas que alegran al hombre más infeliz, se entiende, si ese hombre no es, por ejemplo, un Pontífice infalible y engañado, ó un emperador que fume en pipa llorando sus errores.

Cuando oigo yo afirmar que aquí solo es posible la monarquía, y que esa monarquía es el único imposible con que tropiezan los monárquicos, francamente, me alegro, y á cada candidato que les veo inutilizar, me río como si yo fuese el contrincante de todos ellos.

Y también, cuando veo que los clérigos católicos tratan de mala manera al clero protestante, y al propio tiempo leo las dulcísimas palabras que el Pontífice católico dirige al protestante rey de Prusia, es claro que aun me río más.

Y cuando pienso en el fausto, el bullicio, las riquezas y las lisonjas que todos los años solían rodear á Napoleón III el 15 de agosto, y veo que este año, sin haberlo anunciado en su discurso de 1.º de enero, pasa aquella célebre festividad en casa de un labrador de Gravelotte, de donde se ve obligado á salir á las cuatro de la madrugada, aburrido y soñoliento, digo la verdad; me encuentro bien, y hasta sin querer me río.

Y al ver á algunos que se rien porque en Francia todavía no se ha proclamado la república, yo me río más que ellos, y me acomodo en la silla alegremente, sin impacientarme por lo que tarda en llegar lo bueno.

Yo no quisiera perder la gravedad á cada momento; pero tampoco puedo renunciar del todo á mis regocijos, tranquilos y exclusivamente individuales, ajenos á todo carácter tumultuario.

Cuando los unionistas artillan sus fuertes y ponen la proa al gobierno, y al propio tiempo se apresuran á anunciar conspiraciones federales, ¿no tendría yo el alma de pedernal si no me obsequiara con un par de horitas de buen humor?

Y si con esto coincide el leer las disposiciones de un alcalde como el de Villanueva poniendo en estado de sitio á sus administrados, vamos á ver, aunque vea pasar un entierro, ¿podré dejar de reirme?

¿Y puedo no soltar la carcajada al ver que los prusianos sean tan necios que envíen á París sus espías provistos de federicos de oro (como dice nuestro embajador) en vez de hacerles cobrar en moneda francesa sus honorarios, lo cual sería más cómodo, más seguro y más barato?

¿Qué sería de nosotros, los más pobres hijos de Eva, si no tuviéramos espectáculos como el de los monárquicos españoles y los imperialistas franceses?

Nos caeríamos muertos de tristeza por estas calles.

Ver á los progresistas proclamar y satirizar los derechos individuales; ver á los cimbríos inventando una política bilingüe, una especie de dialecto republicano con raíces y terminaciones monárquicas; ver á los unionistas pidiendo y pegando, cobrando y murmurando, royendo el queso y refunfuñando; ver al clero que pide y no jura; ver al país con las quintas encima; al regente andando en lenguas por virtud y gracia de los que se dicen sus más castos amigos, ¿no son otros tantos motivos de risa para un hombre condenado á sobriedad forzosa?

Y aun, hablando en confianza, no solo me suelo reír con las cosas dichas y ya sucedidas, sino con la idea de las satisfacciones que creo me preparan los hechos, cómplices hoy de la pobre gente.

Roberto Robert.

EL ESPEJO.

Cuarenta años de morigeración política y de canción pública; cuarenta años de una administración tan admirable, que inspiraron á Laboulaye el dicho de que Francia era un país de administrados; cuarenta años que empiezan con un rey con paraguas, *qui couchait bourgeoisement avec sa femme*, y acaban con un emperador que cobra veinticuatro millones de francos al año, y viaja en coche de tercera cuando no tiene á mano los ocho lujosos carruajes que se llevó á la guerra.

Recuerdo ahora:

«Eterna ley del mundo aquesta sea:
en pueblos ó cobardes ó estragados,
domine á su placer la tiranía.»

Esto decía el súbdito Quintana mucho tiempo antes que corrieran aquellos cuarenta años, en los cuales se encuentran las fechas del embastillamiento de aquel París que hoy se halla magníficamente fortificado.

En cuarenta años se ha inventado el drama romántico, la serpiente marina, los caracoles simpáticos, el reclamo, la oposición ministerial, la literatura de las loretas tísicas y evangélicas; se ha inventado Lambesa y Cayena, se ha inventado la policía aristocrática, la influencia moral en las elecciones y el arte de amonorar el número y los días de los que viven desesperados.

Falta inventar todavía el tratado de paz con Prusia; pero se anda ahora muy cerca de dar con una fórmula aceptable de grado ó por fuerza.

Y qué, Juan Español, ¿no te dicen nada esos cuarenta años?

¿No te ves á medio bosquejar en ese espejo?

La mitad de esos cuarenta años los pasó Francia bajo la pacífica dinastía de Orleans. ¿No te parece que cuando te ofrecen por rey á un Orleans se proponen que sigas el mismo derrotero que tu vecino?

Ese Orleans ha renegado de su patria: se llama español, como Maximiliano de Austria se llamó unos días mejicano; mira que otro Orleans renegó de su propio padre y del oficio de sus mayores, y se llamó Igualdad.

Acícalate un poco, Juan Español, no para que te cargues de aceites, sino para que tengas necesidad de mirarte al espejo.

Aun no hacia un año que reinaba Luis Felipe sobre el pueblo del 93, y ya la censura de teatros prohibía que se expresaran ideas castas ante aquel público que pudo á su sabor aplaudir el *Antony*, y ha llegado á introducir en su hogar *La dama de las Camelias* y ha encuadrado ricamente el libro en que el buen Teófilo se lamenta de que el siglo actual no haya sabido inventar un vicio nuevo.

Aun no hacia diez años que reinaba el Orleans incorruptible, cuando el incorruptible Guizot decía á la muchedumbre: «¿queréis que vuestros intereses tengan representación? Enriqueceos y sereis electores.»

Y la muchedumbre, ó se desesperaba, y soñaba hambrienta con Icaria, ó renunciaba á la familia y al hogar, creaba el restaurant económico para vivir menos horas dentro de su casa, y pedía á los productos químicos la embriaguez que no podía esperar del zumo de la vid, reservada á las mesas de los predilectos hijos del orden.

¡Ay, Juan Español, que te veo y no te ves!

Con tal que no se dejen de verificar transacciones mercantiles, decían al otro lado de los Pirineos, todo va bien.

Y al cabo de diez y ocho años de celebrar diariamente los resultados de esa bella teoría, tuvieron que arrojar ignominiosamente de su seno al que no hacia más que fomentar el comercio de todo, de todo absolutamente.

A tí también te ofrecen un Orleans...

Pero ¿y despues? Despues de tres años de una república infantil, sentimental, casera, tan dominada por la imaginación como por la inexperiencia, quisieron tus vecinos un gobierno que sonara fuerte como campana de catedral, con espuelas y casco dorado, con grandes bigotes, emparentado con la gloria y la conquista, que fumase de lo fuerte...

Y se lo hicieron.

Su gobierno compró el cuadro en que Leda cabalga sobre Júpiter; empleó á Teófilo; tuvo por amigos á Mirés y á Pio IX; se hizo llamar gobierno del socialismo, y ametralló á los socialistas; invocó los principios del 93, y despedazó á los republicanos; peleó por una idea mientras ahogaba las que á su alrededor pugnaban por manifestarse; y hoy...

¿Por qué no te miras un rato al espejo, Juan Español? ¿Para qué se han hecho los espejos, señor?

¿De veras crees que no te estorbaría un rey?

¿De buena fé opinas que no puedes ser feliz si no eres proveedor de S. M.?

¿Aun no te sientes con fuerzas bastantes para comerte lo que guisas y con discreción para comprarte tú mismo el orden, la paz y los juguetes?

Pruébalo, Juan Español, pruébalo una vez siquiera, y... mírate al espejo, que ya que tanto cuesta, bien es que te sirva de algo.

J.

NO ME ATREVO.

¡Ah, si yo me atreviera!... Pero le veo tan alicaído, tan derrengado, que en ciertos momentos me da lástima.

El, no hace mucho tan bravucon y orgulloso; él, que cogía cuarenta mil súbditos y de una vez los deportaba á todos; él, que habia comenzado su grande obra de empingorotamiento decretando una matanza general por las calles; él, que hacia condes, marqueses y duques; que mandaba repetir la cifra de su nombre en todos los monumentos públicos; él, que desterraba unos príncipes, recogió en su casa á los que eran desterrados por sus pueblos; decía: quiero que aquí entre un emperador extranjero, y entraba, durase poco ó mucho; decía: quiero que esas dos provincias vengan á mí, y las dos provincias iban como corderos; decía: quiero que ese poder vetusto y odiado se mantenga con el apoyo de mis bayonetas, y aquel poder odiado y caduco, entre pinitos y tambaleos, iba sosteniéndose; él abría las guerras; él las cerraba; se hacia victorear á gritos en medio de un sordo aborrecimiento; se hacia declarar de oficio en estado de buena salud, en medio de los ayes que le arrancaban sus dolencias, no adquiridas en la guerra ni en estudiantas vigiliadas: era un semi-Dios en la apariencia: era abominado, temido, envidiado...

¡Y ahora!...

¡Ah, si yo me atreviera á decirle!...

¿Qué es decirle? Si yo pudiera pasear ante sus vidriosos ojos los pálidos semblantes de sus numerosas víctimas...

¡Pero si aunque pudiera no me atrevería!...

Si tuviera yo el valor que él ha tenido, á estas horas me hallaría á su lado refiriéndole las lúgubres historias de aquellas pobres mujeres escualidas, de aquellos infelices huérfanos que hoy se revuelven en el lado de las grandes ciudades, porque él, él, poderoso y despiadado, lanzó á climas mortíferos á los varones fuertes, incapaces de quemar incienso á los traidores.

Y al terminar cada una de aquellas dolorosas historias, le recordaría el indigno origen de su fenecido poder; le recordaría su perjurio; porque ¿no lo sabían Vds.? cometió un perjurio solemne, escandaloso, sacrilego: perjuró á los hombres y no sé á qué divinidad, á quien solicitan para cómplice de sus desafueros todos los malvados.

¡Ah! ¡Con qué placer saborearía yo sus últimas amargas horas, si para ser cruel con un hombre solo tuviera un poco de esa inmensa valentía que él tuvo para ser cruel con millares de hombres!...

Pero... ¡imposible!

Le miro, le contemplo, le veo pálido, atónito, hechas girones las soberbias vestiduras de otro tiempo; insistiendo aun para prolongar su vida; ¡porque él llama vida á prolongar un día más la fatigosa respiración de su oprimido pecho!

Quisiera atreverme, sin embargo, y... vamos, no soy hombre para tanto.

El habia pedido que se le sacara la lengua si llegaba á ser traidor, y lo fué.

El se habia proclamado salvador de una sociedad que le debe su pérdida; él inspiraba en nombre de la moral, corrompiendo día y noche todo lo que tocaban sus manos, tocaba su aliento y miraban sus ojos.

Figúrense Vds. qué de cosas podría decirle á ese hombre cualquiera que tuviese para él necesario atrevimiento.

Yo, que he vivido tres años en el barrio de Lavapiés, y he oído mil veces lo que se dicen las vecinas unas á otras ¡digo! ¿me habian de faltar á mi expresiones fuertes para hacerle entender á ese hombre lo que hace al caso?

Muchas y frecuentes son las tentaciones que me dan de cantarle la caña, como dicen por ahí; pero cuando veo que no chista ni colea; que de paliza en paliza le han puesto en dos semanas más blando que una breva; cuando veo que en su misma casa nadie pronuncia su nombre sino con desprecio, no me parece decoroso, no tengo... lo dicho: no tengo el valor, el desparpajo, el atrevimiento de ir y decirle: Vd. es un tal y un cual, con todo lo demás que se sobreentiende.

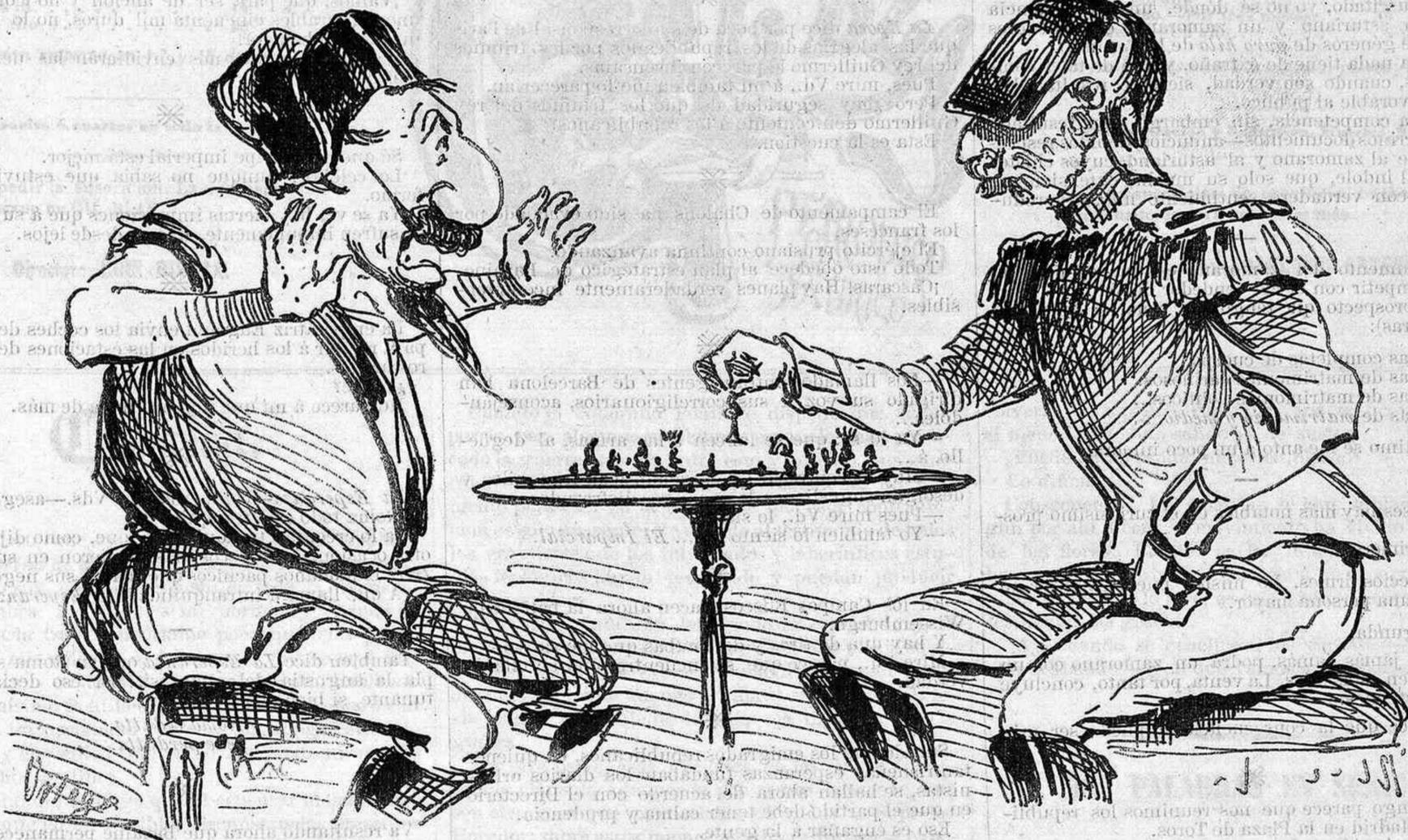
Aun si creyera yo que el recordarle sus fechorías le habia de producir remordimientos de manera que su suerte fuese ejemplo y enseñanza para otros...

Pero ¿remordimientos él, que ha vivido diez y ocho años ostentando el fruto de su enorme crimen?

Es incapaz de sentirlos, y Vds. opinarán lo mismo cuando sepan que ese hombre es...

No, no lo digo: tampoco me atrevo.

Roberto Robert.



MATE.

CARTAS SENTIMENTALES.

Apreciable Teófilo:

Si oyes decir por ahí que la situación es de los progresistas, no lo creas; la situación va haciéndose para nosotros tan impalpable, tan etérea, que apenas si creemos que somos dueños de ella durante los cortos y felices momentos de percibir nuestros haberes.

Si, amigo mio, estamos peor que el infeliz Carracuca del cuento; y no bastan para tranquilizarnos las continuas reflexiones de nuestro general, que dice á menudo: «Calma, señores, todo se arreglará; ¿no se arregló lo de Capa-rotá?»

¡Qué diferencia de tiempos, Teófilo! ¿Te acuerdas cuando hace pocos años el sol no se ponía en los dominios de nuestra reputación, y dictábamos leyes, y apostrofábamos á la tiranía, y éramos el coco de Narvaez y la inquietud de O'Donnell?

Aun recuerdo con placer aquella época en que cada día salían nuestros periódicos con el encabezamiento: «Nuestro número de hoy ha sido secuestrado por la autoridad. Los atropellos continúan, etc.» y esto, leído y comentado por los lectores á su manera, ponía nuestro liberalismo en las nubes y el elogio de nuestra organización en la luna.

Pero hoy, ¡oh, amigo mio, *quantum mutatus ab illo!* Sin guía, sin norte fijo, caminamos al azar por los andurriales del presupuesto, y si buenos sueldos nos dan, morrocotudas desazones nos cuestan.

Tú ya conoces cuáles eran nuestros proyectos; Fernandez de los Rios y Olózaga habian estudiado inglés y leído algunos libros políticos de aquella nación, y querian convertirnos en ingleses—en el buen sentido de la palabra. Figuerola arreglaría nuestra Hacienda á la inglesa; Prim debía organizar el ejército como

en Inglaterra; el buen Sagasta parecería un lord inglés, y no habria para nosotros vacilacion alguna, pues con solo ver cómo hacian los quesos ingleses teniamos ya estudiada la manera y forma de hacerlos nosotros. ¡Hasta habia el proyecto de obligar á los españoles á vestirse á la inglesa!

Pero ¡oh imprevisión política! No contábamos con la huéspedada (es decir, con el país) y las cosas salieron al revés de como las proyectábamos.

El Sr. D. Fernando de Portugal, que era el rey por nosotros elegido para esta nueva Albión, se negó á aceptar la corona. Figuerola se embrolló entre las cuentas del ministerio. Vióse Prim obligado á *construir* generales á toda prisa, y desquiciado el plan, pronto el desaliento se apoderó de nosotros, y aquí nos tienes próximos á perecer entre los escombros de nuestro partido.

Nuestra situación es más grave aun de lo que á primera vista parece.

Si diriges tus miradas á nuestra prensa, observarás que *La Iberia*, *Las Novedades* y *El Universal* pueden personificar muy bien aquellos tres polos de que nos habló una vez un celebrado poeta (?), y ellos, que siempre fueron nuestro catecismo político, nos dan cada día distintas reglas y diferentes consejos.

Si te fijas en nuestro general, verás la duda y la indecision pintada en su semblante; obligado á dar un paso atrás ó adelante, hace un año que está en un pié como las grullas comunicándonos su turbacion y anonadamiento.

Pues si te vuelves hácia Olózaga, la confusion aumenta, porque nosotros, que éramos enemigos del imperio, le vemos hoy acariciado y adulado por uno de nuestros jefes.

Sagasta quiere un rey distinto que Madoz; Madoz no se encuentra de acuerdo con Ruiz Zorrilla; Ruiz Zorrilla disiente con el ministerio, y todos andamos atortolados y meditabundos, cariacontecidos é inde-

cisos, aguardando la catástrofe, que me presumo ha de ser *de órdago*—dicho sea con perdon.

¡Quizás á la hora de la muerte venga á devolvemos la vida aquel de quien menos nos acordemos! Abascal, por ejemplo, que aquí para *inter nos* debe de tener algun proyecto oculto. Ya sabrás que le pusimos en el Patrimonio, y allí se está sin decir «esta boca es mia;» pero ya verás cuando llegue á hablar qué piquito de oro.

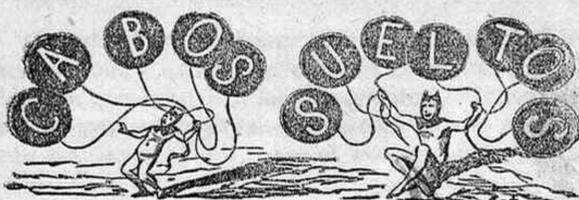
A mí me da mucho en qué pensar el que se haya puesto á estudiar francés. ¿Tratará acaso de ir algun dia como embajador á Francia? Todo es posible, hasta eso. La verdad es que desde hace algun tiempo le teneis aquí olvidando su lengua natal y aprendiendo de memoria aquello de que «Calipso no se podia consolar con las partidas que le jugaba Ulises.»

Ya habrás observado que no te hablo una palabra de proyectos políticos; y cómo hacerlo si el general, que es el que nos dirige, da cada dia una orden diferente? Si hoy, por ejemplo, es bueno Rios Rosas, mañana le sustituye en bondad Figueras, y así andamos continuamente.

El de buena gana se haria republicano ó montpensierista de una vez; pero ¿quién le garantiza la presidencia de la república ó la cartera de Guerra? ¡Esta es la cosa!

En fin, esperemos los acontecimientos, y ¡viva la libertad y viva Prim, que es—por decirlo así—su representación genuina; á lo menos él así lo asegura, y cuando lo asegura sus motivos tendrá.

P. D. Entérame del efecto que en esa ha producido el artículo *Nunca* de *El Universal*.



Háse suscitado, yo no sé dónde, una competencia entre un asturiano y un zamorano, expendedores ambos de géneros de puro hilo de la Cornia.

La cosa nada tiene de extraño, y aun de tales competencias, cuando son verdaderas, siempre resulta algo que es favorable al público.

De esta competencia, sin embargo, han resultado dos peregrinos documentos—anuncios, debidos respectivamente al zamorano y al asturiano, cuyos chistes son de tal índole, que solo su mucha extensión me impide—con verdadero sentimiento mio,—reproducirlos.

El documento del zamorano es bueno, pero no puede competir con el del vendedor de Asturias.

En el prospecto que tengo á la vista, se anuncian (va de veras):

- «Sábanas completas de cuerpo.
- »Sábanas de matrimonios cariñosos.
- »Sábanas de matrimonios políticos...
- »Sábanas de matrimonio y medio.»

Esto último se me antoja un poco inmoral.

Dos frases hay más notables en el curiosísimo prospecto.

Es la primera:

«Son precios firmes. Lo mismo puede comprar un niño que una persona mayor.»

Y la segunda:

«Jamás, jamás, jamás, podrá un zamorano con un asturiano en estas lides. La venta, por tanto, concluye el 26 de este mes.»

Me parece que la consecuencia no puede ser más clara.

El domingo parece que nos reunimos los republicanos de Madrid en la Plaza de Toros.

Me gusta á mí lo de la reunión.

Pero, francamente, me desagradó el sitio.

El general Truchu da á los parisienses una proclama por día.

Dentro de poco principiará á darlas por hora.

Pero ni aun así conseguirá reanimar el espíritu abatido del pueblo.

Convengamos en que el asunto es algo más que serio.

¡Es una ganga tener emperadores que le metan á uno en semejantes berengenas!

En una carta de París se confiesa y se reconoce que los alemanes son enemigos terribles.

Pero, amigos, esto hubiera convenido conocerlo antes.

El emperador (?) Napoleon ha sido mal acogido en el campamento. No extraño yo que se le haya recibido mal; lo raro es que se le haya recibido.

La Correspondencia de España me proporciona cada emoción que hasta sin aliento me deja.

El día 24, por no ir más lejos, decía el estimable colega: «La banda del regimiento de Ingenieros ha tocado esta tarde en el patio del ministerio de la Guerra una nueva marcha en presencia del general Prim y otro jefe del ejército.»

Con que ¿en el patio del ministerio de la Guerra? ¿y una nueva marcha? ¿y á presencia del general Prim?

¿Y cómo sigue todavía esa guerra? ¡Qué diablo, hombre! ¡qué diablo!

Ahora se trabaja activamente por la diplomacia de Europa para hallar una solución al conflicto franco-prusiano.

Antes debería haberse trabajado.

Ya van pareciendo los corresponsales de los periódicos de París, que se habían perdido.

Ellos estarán vivos; pero, vamos, que no han pasado mal susto.

Son chanzas esas demasiado pesadas.

Correspondencias francesas aseguran que existía desaliento é indecision entre los prusianos.

Eso es lo más natural: despues de varias victorias es lo que sucede.

No, y por otra parte el desaliento bien se echa de ver en las operaciones todas: sin rumbo fijo y sin plan determinado van aproximándose á París.

¡Desdichados!

La Epoca dice por boca de su corresponsal de París que las alegrías de los republicanos por los triunfos del rey Guillermo le parecen insensatas.

Pues, mire Vd., á mí tambien me lo parecerian.

Pero ¿hay seguridad de que los triunfos del rey Guillermo den contento á los republicanos?

Esta es la cuestion.

El campamento de Chalons ha sido evacuado por los franceses.

El ejército prusiano continúa avanzando.

Todo esto obedece al plan estratégico de Bazaine. ¡Cáscaras! Hay planes verdaderamente incomprensibles.

—Los llamados intransigentes de Barcelona han dirigido su voz á sus correligionarios, aconsejándoles...

—Ya lo sé: que se lancen á las armas, al degüello, á...

—Muy al contrario, que permanezcan tranquilos y desoigan sugerencias de enemigos disfrazados.

—Pues mire Vd., lo siento.

—Yo tambien lo siento por... El Imparcial.

En los Campos Elíseos hacen ahora la batalla de Wissemburgo.

Y hay una de tiros y de bombas que me río yo.

Mire Vd., parece que se encuentra uno en ella de verdad.

Sucede que los emigrados republicanos, en quienes tan risueñas esperanzas fundaban los diarios orleanistas, se hallan ahora de acuerdo con el Directorio en que el partido debe tener calma y prudencia.

Eso es engañar á la gente.

¡Flojo chasco se ha llevado Las Novedades!

Esta noche hay concierto en el Buen Retiro.

Será cosa de no faltar, porque ya quedan pocos.

Y, vamos, ya se puede ir con cierta tranquilidad, porque va uno casi seguro de no encontrar al candidato.

En el teatro de la política, Las Novedades y El Puente de Alcolea son dos comparsas que gritan simultáneamente «viva» ó «muera» ó lo que requiere el argumento.

El Puente dice ayer: Insistamos.

Las Novedades replica: Acabemos.

Todo ello significa lo mismo.

Hemos oido asegurar que varias personas piadosas, en vista del procedimiento indicado por un periódico religioso para acabar con la guerra, se proponen hacer una solemne novena á Santa Rita de Casia, á fin de que nuestro gobierno haga alguna cosa, buena ó mala.

Me parece á mí que ni por esas.

Cuatro hulanos tomaron á Nancy. Chalons ha sido ocupado por cinco. Parece que han destacado media docena para que tomen á París.

Ruiz Zorrilla ha escrito una carta á La Iberia para hacer constar que se atiene á lo dicho, y que él es muy leal y muy amigo de sus amigos.

Nada más.

Enterado y autos.

Indudablemente en el vecino reino de Portugal anda la cosa un poco revuelta.

Hay que desengañarse: dada la constitucion física y moral de los pueblos de hoy, la monarquía es manjar demasiado indigesto.

Europa ha menester una variacion radical en su régimen alimenticio.

¡Si eso se ve!

¡Valiente parte descerraja el Sr. Olózaga en la Gaceta del 25!

Tres leguas de andadura tiene, y me quedo corto.

Pero más que por su extensión es notable por sus consideraciones.

Entre muchas otras que yo no cito, por no hacerme pesado, hay la reflexion de que el haber sido borrascosa la sesion en el Cuerpo legislativo daba á entender que las noticias eran propicias.

¡Vamos, que para ser de aficion y no cobrar sino unos miserables cincuenta mil duros, no lo hace mal nuestro embajador!

¡Cáspita, y cómo nos envidiarán las demás naciones!

Sé que el príncipe imperial está mejor.

Lo celebró, aunque no sabia que estuviera enfermo.

Ya se ve, hay ciertas impresiones que á su edad no se sufren impunemente, ni aun desde lejos.

La emperatriz Eugenia envia los coches de palacio para recibir á los heridos en las estaciones de los ferrocarriles.

¿Y qué?

Me parece á mí que no hace nada de más.

La Esperanza—con perdon de Vds.—asegura que en Roma todo está tranquilo.

Ya lo creo: tan tranquilo está que, como dijimos en otra ocasion, hace pocos dias murieron en sus calles trece ciudadanos pacíficos que iban á sus negocios.

¿A qué llamará intranquilidad La Esperanza?

Tambien dice La Esperanza que en Roma se templó la angustia del alma: sí, por eso decia aquel tunante, si bien no presbítero:

Roma vedutta, fede perdutta.

Va resultando ahora que Bazaine permanece quieto en Metz, no porque esté encerrado, sino porque lo tiene así por conveniente.

Pues nó le alabo el gusto.

Para fines de mes, dicen de París, habrá sucesos importantes en el Báltico.

Vamos; eso es: se necesita amenizar la fiesta.

Tantas batallas campales causan tedio.

Un poquito de jaleo en el mar será muy del caso.

PASATIEMPO.

CHARADA.

Tomo una,
tomo dos,
tomo tres,
todo soy.

La solución en el número próximo.

CHOCOLATES SUPERIORES
DE LA
COMPANIA ESPAÑOLA
GRAN FÁBRICA MOVIDA AL VAPOR
MADRID.
PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS.

El establecimiento industrial de la COMPANIA ESPAÑOLA reúne de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FABRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres, limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfeccion en los aparatos que elaboran el chocolate, tales son las circunstancias que más resaltan en la fabrica de la ESPAÑOLA.

Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razon y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS.

La fabrica puede visitarse libremente.

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.